

# A UNIDAD POPULAR Y LA CRISIS DEL SISTEMA POLÍTICO CHILENO EN 1973

33

Ricardo A. Yocelvezky R.\*

## 1. El problema y los enfoques que lo han examinado

La experiencia chilena de 1970 a 1973 ha sido objeto de una verdadera avalancha bibliográfica a partir de la elección de Allende como presidente y, más aún después del trágico fin de su gestión.<sup>1</sup> Los ejes temáticos de esta amplia y creciente literatura son variados. Entre ellos, los más comunes eran los intentos de evaluar las posibilidades de un tránsito pacífico al socialismo, tanto entre los partidarios, en general, del socialismo como entre sus enemigos.<sup>2</sup> Más tarde, una vez derrotada la izquierda chilena, aparecen las

\*Profesor del Departamento de Política y Cultura, UAM-Xochimilco.

<sup>1</sup>Sólo el recopilar y clasificar la bibliografía referente al tema constituiría un proyecto de investigación. Aquí únicamente se señalarán ejemplos representativos de ella.

<sup>2</sup>Ejemplos de publicaciones posteriores a la elección de Allende son: Clark, Kate: *Chile. Reality and Prospects of Popular Unity*. Laurence & Wishart, London, 1972; Debray, Régis: *Conversaciones con Allende*. (Edición en inglés), New Left Books, London, 1971; Feinberg, Richard E.: *The Triumph of Allende: Chile's Leg<sup>a</sup> Revolution*. Mentor Books, New York, 1972; Garcés, Joan: *Chile: el camino político hacia*

evaluaciones de la experiencia, conservando, en mucho las mismas posiciones previas.<sup>3</sup> A esto hay que agregar las justificaciones del papel jugado por algunos actores, individuales o colectivos que sobreviven a los hechos, como vencedores o vencidos.<sup>4</sup> Entre los partidarios del socialismo predominan dos posiciones: los que concedían crédito a las posibilidades de la vía pacífica al socialismo y los que negaban esa posibilidad, proponiendo la lucha armada como única vía para la toma del poder.<sup>5</sup> Sin embargo, entre los primeros, existía una diferencia entre los que justificaban sus esperanzas en términos teóricos generales o doctrinarios y los que aceptaban la excepcionalidad del "caso chileno".<sup>6</sup> Entre los enemigos, predominaba la visión del gobierno de la Unidad Popular como una "conspiración comunista" que, pacífica o no, conduciría, tarde o temprano, a una dictadura, por lo cual toda la discusión en la izquierda no tenía sentido para ellos.<sup>7</sup>

Una vez producido el desenlace del proceso, los mismos argumentos asumen nuevos significados. Para los que creían en la vía pacífica al socialismo, las causas de su derrota se encuentran en la inmoralidad de sus enemigos, la derecha chilena y el gobierno de los Estados Unidos, y en la acción irresponsable de la ultrazquierda.<sup>8</sup> Para los que, desde la izquierda, criticaban el intento pacífico, la responsabilidad recae en los "reformistas" que condujeron el proceso y llevaron al pueblo a la derrota.<sup>9</sup> Para los enemigos del socialismo, triunfantes ahora, se trata de "probar" la existencia de la conspiración comunista, lo que, de nuevo, deja sin sentido a la discusión anterior y, además, justifica moralmente la acción de todos los que intervinieron en el golpe de estado.<sup>10</sup>

Sólo por excepción se podría encontrar algún estudio que busque enmarcar en otros términos la situación que llevó a Chile del triunfo de la izquierda en 1970 a la dictadura militar en 1973. Ésto se debe, sin duda, a la importancia paradigmática que se atribuyó desde el comienzo a la experiencia chilena, sin relación alguna con la importancia del país en el mundo. Esto hace que sea prácticamente imposible asumir un punto de vista indiferente a los valores que estuvieron en juego y a los resultados de todo el proceso. Sin embargo, existen aspectos poco estudiados de éste y, hoy, parece posible retomar algunos temas sin que la posición asumida durante los sucesos imponga los términos del examen de los hechos. Sin pretender dar respuesta a las preguntas planteadas por toda la literatura acerca del caso, el propósito de este análisis es examinar la evolución de los actores entre 1970 y 1973 prestando especial atención a las formas organizativas e ideológicas en que se acumularon las fuerzas para el enfrentamiento final.

---

*el socialismo*. Ediciones Ariel, Barcelona, 1972; Labarca, Eduardo: *Chile al rojo*. Juan Pablos Editor, México, 1971; Morris, David J.: *We Must Make Haste-Slowly. The Process of Revolution in Chile*. Vintage Books, New York, 1973; Vitale, Luis: *¿Y después del 4 QUÉ?* Ediciones Prensa Latinoamericana, Santiago, 1970.

<sup>3</sup>Sólo un ejemplo, por la significación del autor, amigo y asesor de Salvador Allende, ver, Garcés, Joan: *Allende y la experiencia chilena. Las armas de la política*. Editorial Ariel, Barcelona, 1976.

<sup>4</sup>Altamirano, Carlos: *Dialéctica de una derrota*. Siglo XXI Editores, México, 1977; Arriagada, Genaro y Claudio Orrego: *Leninismo y democracia*. Ediciones Aconcagua, Santiago, 1976; Prieto, Helios: *Chile: los gorilas estaban entre nosotros*. Editorial Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1973 (diciembre).

<sup>5</sup>Ver Joan Garcés, *op. cit.*, como ejemplo de los que creían en la vía chilena, y "MIR, Mouvement de la Gauche Revolutionnaire, 1970-1973, Recueil de Textes". *Politique Hebdo*, París, 1974, como ejemplo de la otra posición.

<sup>6</sup>Aun cuando la diferencia es de matices, es interesante verla, por ejemplo, entre el Primer Mensaje del Presidente Allende al Congreso Pleno, 21 de mayo de 1971, (hay varias ediciones) y los argumentos de Joan Garcés en *El Estado y los problemas tácticos en el gobierno de Allende*. Siglo XXI Editores, Madrid, 1974, pp. 225-277.

<sup>7</sup>Echeverría, Andrés y Luis Frei B, (compiladores): *1970-1973: La lucha por la juridicidad en Chile*. (Tres volúmenes), Editorial del Pacífico, Santiago, 1974.

<sup>8</sup>*El pleno de agosto de 1977 del Comité Central del Partido Comunista de Chile*. Ediciones Colo Colo, (sin lugar de publicación), 1978.

<sup>9</sup>"¿QUÉ ES EL MIR?" Documento preparado por el Comité Central del MIR en la clandestinidad. Diciembre de 1974. En: *MIR 1973-1975*. Ediciones Zero, Madrid, 1976. La posición del pequeño sector "maoísta" está expuesta en Palacios, Jorge: *Chile: An Attempt at "Historic Compromise"*. *The Real Story of the Allende Years*. Banner Press, Chicago, 1979.

<sup>10</sup>Moss, Robert: *Chile's Marxist experiment*. David & Charles, Great Britain, 1973.

Más que evaluar la vía chilena al socialismo, se buscará describir el destino de los partidos políticos, y del sistema de resolución de conflictos establecido entre ellos, en una situación que ponía a prueba su capacidad para canalizar un conflicto social crucial.<sup>11</sup>

## 2. El programa de la Unidad Popular y sus interpretaciones

Tanto contemporáneamente a los hechos como con posterioridad, los problemas del gobierno de Allende y la izquierda chilena tienden a ser conceptualizados por casi todos los que se han ocupado de ellos como un conflicto ideológico. Éste estaría centrado en cuestiones tácticas que planteaba la aplicación del Programa Básico de Gobierno de la Unidad Popular, suponiendo un grado de consenso alrededor de este programa como definición estratégica. En este conflicto se definirían dos posiciones que corresponderían a dos bloques de fuerzas dentro de la izquierda: por un lado una posición que estaría representada por el mismo Allende y el Partido Comunista en lo fundamental, y que es calificada de "reformista" por sus críticos, y, por otro, una posición "revolucionaria" o "ultra-izquierdista", según la visión sea favorable o crítica, y que estaría representada por el MIR y sectores del Partido Socialista y del MAPU.

En las confrontaciones posteriores a 1973, los argumentos se exponen como si la acción de estos sectores hubiera sido independiente una de otra y se explicara, preferentemente, por su consecuencia o no con los puntos de vista doctrinarios expuestos por cada uno de ellos. De este modo aparece un cruce de recriminaciones mutuas en que los hechos referidos son fundamentalmente las acciones del "otro".

La parte adecuada de estas versiones del proceso se limitan a la existencia del conflicto ideológico. De ahí en adelante, lo que se refiere a la encarnación organizativa y a la representatividad social de cada posición suele ser arbitrario y, en algunos casos, francamente abusivo.<sup>12</sup> Una forma de salvar este problema es definir el conflicto ideológico a partir de las relaciones que se establecieron entre ambos sectores en lugar de suponer su división tajante o, incluso, su independencia absoluta. Esto permite ver un cuadro mucho más complejo en el nivel organizativo y poner en duda algunas de las suposiciones acerca de la representatividad social de cada una, aun cuando el costo de este punto de vista es terminar de forma mucho menos conclusiva que otros comentarios de este período.

El conflicto ideológico parece bien definido en términos de adhesión a la vía chilena como una posibilidad de tránsito al socialismo sin ruptura violenta del marco institucional y, por lo tanto, a través de la transformación paulatina de ese mismo marco, en la medida que la fuerza social se expresara como apoyo al gobierno.<sup>13</sup> Frente a esta visión se encontraba la que suponía que la elección de Allende en 1970 era sólo un accidente histórico y que, en la medida que el proyecto estratégico fuera realmente el tránsito al socialismo y no sólo un conjunto de reformas, el proceso se "normalizaría" a través de una ruptura violenta que, de resultar triunfantes las fuerzas socialistas, tendría que dar paso a la dictadura del proletariado.<sup>14</sup>

Estas posiciones tenían como primera consecuencia dos definiciones distintas del sentido de la acción que debería asumir el gobierno. Para la primera, era fundamental la legitimación del gobierno en tres niveles: el respeto a la legalidad, el desarrollo económico y la

<sup>11</sup>El análisis de la génesis del sistema se encuentra en: Yocolevzky, Ricardo: "El desarrollo de los partidos políticos chilenos hasta 1970". *Argumentos*. No. 7, México, agosto de 1989.

<sup>12</sup>Como ejemplos de esto ver Prieto, *op. cit.*, y Palacios, *op. cit.*

<sup>13</sup>Corvalán, Luis: "Nada hay más revolucionario que luchar por el éxito del Gobierno Popular". Informe al Pleno del Comité Central del Partido Comunista, 26 de noviembre de 1970. *Tres periodos en nuestra línea revolucionaria*. Verlag Zeit Im Bild, Dresden, 1982.

<sup>14</sup>"Análisis de la significación y de las consecuencias de la elección de Salvador Allende a la Presidencia de la República". Documento elaborado por el Secretariado Nacional del MIR y publicado en la revista *Punto Final* en octubre de 1970. Reproducción en *MIR, Mouvement...*, *op. cit.*

satisfacción de demandas populares.<sup>15</sup> Estos tres planos distintos de la acción gubernamental tendrían que traducirse en apoyo electoral y movilización social que, expresándose dentro de la legalidad, tuvieran el efecto de desmovilizar a la oposición. En este punto se hacía evidente la necesidad de coherencia entre el proyecto de desarrollo económico y la estrategia política.

Para el sector que llamaremos "rupturista", (para evitar su autocalificativo de "revolucionarios" o los peyorativos "ultraizquierda" o "violentista", usados respectivamente por sus críticos dentro del gobierno y por la oposición de derecha) la táctica política debería tener como único eje la movilización popular, como manera de hacer conciencia de la inminencia de la confrontación. A partir de él, los niveles en que el gobierno buscaba legitimar su acción cambiaban de importancia relativa. Lo que pasaba a primer plano eran las reivindicaciones inmediatas de los sectores populares, aun a costa de los objetivos del plan de desarrollo económico y de la mantención de los marcos legales.<sup>16</sup>

De esta manera, las dos visiones tácticas se enfrentaban en puntos concretos que requerían definiciones de política por parte del gobierno. Uno era la cuestión de ritmo y profundidad en la aplicación del programa económico. Otro era el problema de las alianzas sociales, en particular, la necesidad de ajustar las políticas al objetivo de ampliar el apoyo al gobierno entre las clases medias. El tercero era la mantención del orden legal, en presencia de movilizaciones sociales nunca antes vistas.

Estos tres puntos resumen, en lo más general, la multiplicidad de ejes de encuentro entre las dos interpretaciones. El primero planteaba la armonización de dos objetivos distintos: el crecimiento de la economía y la transformación de su estructura. El Programa Básico de Gobierno, orientado por la visión del desarrollo económico que vinculaba la distribución del ingreso y la redefinición de una estrategia de crecimiento,<sup>17</sup> buscaba armonizar estos objetivos a través de la definición de tres áreas de propiedad en la economía: el área de propiedad social, el área mixta y el área privada. El área de propiedad social tendría que garantizar al gobierno la capacidad de dirección estratégica del desarrollo del país, en tanto las áreas mixta y privada se sujetarían a esa estrategia, estimuladas por otros instrumentos de política económica, fundamentalmente el control del comercio exterior y la banca por parte del estado y, por otro lado, por una demanda que sería producto de la redistribución del ingreso y que compensaría la restricción en las utilidades, por el control de precios, con un aumento en el volumen de las ventas.<sup>18</sup>

Esta estrategia de desarrollo parecía coherente con una estrategia política que buscaba ampliar el apoyo al proyecto entre las clases medias. Los sectores dependientes entre estas últimas, serían beneficiarios de la redistribución del ingreso directamente, en tanto los sectores independientes (pequeños industriales y comerciantes), lo serían indirectamente, en la medida que su producción y ventas aumentarían al ritmo de la demanda. Esto permitiría aislar, social y políticamente, a los grupos que se verían afectados por las expropiaciones necesarias para entregar al estado el control de los sectores estratégicos de la economía.

Todo esto suponía el apoyo popular, expresado en movilizaciones dentro de los marcos organizativos legales, partidos y sindicatos, que, sumados al apoyo creciente de las clases medias, dieran un respaldo social y político al gobierno que le permitiera aislar a las clases dominantes y neutralizar su acción opositora dentro del sistema político.<sup>19</sup>

<sup>15</sup>Respecto de esto último ver, "Las primeras cuarenta medidas del Gobierno Popular", reproducidas en Vázquez Montalbán, Manuel: *La vía chilena al golpe de estado*. Editorial Los libros de la Frontera, Barcelona, 1973, pp. 217-222.

<sup>16</sup>Ver la crítica a esta actitud en Corvalán, Luis: *Informe al Pleno de agosto de 1977 del Comité Central del Partido Comunista de Chile*. Op. cit. p. 35.

<sup>17</sup>Vuskovic, Pedro: "Distribución del ingreso y opciones de desarrollo". En: *Economía política en la Unidad Popular*. Editorial Fontanella, Barcelona, 1975.

<sup>18</sup>*Programa básico de gobierno de la Unidad Popular*, Reproducido en Garcés, Joan: *Chile: el camino político hacia el socialismo*, op. cit., y Vázquez Montalbán, Manuel: op. cit.

<sup>19</sup>Marín, Gladys: "La clase obrera y su política de alianzas". En: *Los 1000 días de revolución*. Editorial Paz y Socialismo, Praga, 1978, pp. 88-105.

La visión alternativa a ésta, que se fue perfilando a lo largo del proceso, partía de la inevitabilidad del enfrentamiento, por lo cual las tareas de legitimación perdían importancia frente a la necesidad de emprender transformaciones rápidas y profundas. De este modo, los límites a las expropiaciones no debían estar determinados por la estrategia respecto de las clases medias sino por la urgencia de lograr la organización y movilización de sectores populares. Esto último requería de la producción de formas nuevas de organización y del respaldo del gobierno a las reivindicaciones que reforzarían la conciencia de la profundidad de las transformaciones, dejando a las demostraciones de la fuerza social así acumulada el resolver la inclinación de las clases medias, a partir de mostrarles la inevitabilidad de los cambios o, como se le llamó, la "irreversibilidad del proceso".<sup>20</sup>

La coexistencia de estas dos versiones tácticas definió la acción del gobierno, pero no en el sentido de una de ellas como propia del gobierno y la alternativa como externa a él, sino como ambas coexistiendo dentro del gobierno. Aun cuando una de ellas predominara, la otra actuaba parcialmente fuera del gobierno pero siempre tratando de ganar posiciones dentro de él. Esta situación determinó las ambigüedades de la acción del gobierno y de las fuerzas que lo apoyaban.<sup>21</sup>

### 3. La acción del gobierno y sus ambigüedades

La situación planteada por el triunfo electoral de Allende en 1970 hizo aparecer las contradicciones que iban a marcar su gobierno. Por una parte, la legitimidad que le daba el actuar dentro de las reglas del sistema y, por otra, el apoyo que obtenía a partir de las expectativas de cambio de ese mismo sistema. En un trabajo anterior<sup>22</sup> se ha señalado ya la existencia de una dualidad en las fuerzas políticas de derecha y de izquierda, constituida por la presencia en ellas de elementos que buscaban ubicar su acción dentro del sistema para dominarlo y otras que, desde fuera de él, buscaban su destrucción. En el caso de la izquierda, con la perspectiva de convertirse en gobierno a partir de su triunfo electoral, la subordinación de los elementos externos al sistema (fundamentalmente el MIR) se vio reforzada en un primer momento.

Si el contenido del programa y el estilo de conducción de la campaña habían dejado sin banderas alternativas al MIR, excepto la cuestión de las vías para la toma del poder, el triunfo electoral significó un primer golpe al argumento de la imposibilidad de la vía electoral. Sin embargo, la hegemonía de la estrategia que actuaba dentro del sistema se acentuó en la medida que el período que va de la elección a la toma del mando por Allende estuvo marcado por acciones de la derecha que buscaban por medios legales o ilegales impedir su acceso a la presidencia. En esta eventualidad, el MIR y otros grupos menores que actuaban fuera del sistema, se plantearon la posibilidad de tener que participar en un enfrentamiento en el que defendieran la legitimidad del triunfo electoral.<sup>23</sup>

Este tipo de ambigüedades significó, durante todo el período de gobierno de la Unidad Popular, la subordinación táctica al gobierno por parte de la izquierda extraparlamentaria, pero no la pérdida de su independencia relativa, que se expresaba prácticamente en todos los puntos de encuentro entre el gobierno y la oposición. Entre ellos, es necesario examinar a lo menos cuatro campos de acción: los procesos electorales, como pruebas de fuerza entre el gobierno y la oposición; la movilización de masas; el uso de los recursos legales por

<sup>20</sup>Ver discurso de Nelson Gutiérrez, miembro del Secretariado del MIR y Presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción, en 1971. Reproducido en *MIR, Mouvement... op. cit.* pp. 22-26.

<sup>21</sup>Ver la ambigüedad a este respecto de la Resolución Política del Congreso de La Serena del Partido Socialista. Reproducida en Najman, Maurice (editor): *Le Chili est proche*. F. Maspero, París, 1974, pp. 37-40.

<sup>22</sup>Yocelovsky, Ricardo: *op. cit.*

<sup>23</sup>MIR: "Análisis de la significación y de las consecuencias de la elección de Salvador Allende..." *Op. cit.*

parte del gobierno en sus enfrentamientos con la oposición y, por último, la política con respecto a las Fuerzas Armadas.

En el plano organizativo, la dualidad de acciones (dentro y fuera del sistema) constituyó una franja intermedia en algunos partidos que, actuando dentro del sistema y formando parte del gobierno, comenzaron a ser influidos por posiciones y elementos que se habían ubicado, hasta entonces, fuera de él.<sup>24</sup> Esto se debió a cambios que habían empezado a ocurrir antes de 1970, pero cuya importancia se vio reforzada a partir del triunfo electoral, y que afectaron a todos los niveles del sistema político.<sup>25</sup>

Entre el liderazgo profesional, algunos dirigentes habían adoptado desde la década de los sesenta una posición que, en un sentido muy laxo, se puede caracterizar como "castrista".<sup>26</sup> Después de 1970 esta posición se convirtió, en general, en la que se ha definido aquí como rupturista, siendo reforzada por nuevos elementos. Los representantes más importantes de esto son, sin duda, Carlos Altamirano, que llegó a Secretario General del Partido Socialista en el congreso nacional de esta organización en La Serena en 1971, y Guillermo Garretón, Secretario General del MAPU después de la muerte del fundador de ese partido, Rodrigo Ambrosio.

En el nivel de base militante, o membresía de los partidos, ocurrió algo semejante pero, quizás más importante aun: el ingreso al Partido Socialista de cuadros, e incluso organizaciones completas, provenientes de la izquierda extraparlamentaria.<sup>27</sup> Sin embargo, no es ésta la única tendencia que se refuerza en este nivel; hay que considerar la reactivación de miembros generalmente pasivos de los partidos y el ingreso de nuevos miembros causados por el acceso de las organizaciones de la izquierda al gobierno y las consecuentes expectativas de obtener puestos y prebendas en todos los niveles del sector público.<sup>28</sup>

En el tercer nivel, el de las clientelas de los partidos, también ocurrieron estos cambios, al ritmo del aumento general de la movilización social provocada por la elección de 1970. En los sectores de obreros, campesinos y pobladores se produjo una verdadera explosión de organización y movilización que, en muchos casos, fortalecieron significativamente a la posición rupturista, dentro y fuera de los partidos de la Unidad Popular. En este último caso, el principal beneficiario de este fenómeno fue el MIR.<sup>29</sup>

En estas condiciones, el problema político que enfrentaba el gobierno se podía formular en términos abstractos de la siguiente manera: debía transformar la economía, el Estado y el sistema político sin romper el marco normativo del Estado y reforzando el sistema político, en la medida que los partidos en el gobierno eran parte de él. En esta formulación, la estrategia y la táctica del gobierno se definían como: fortalecer los partidos de la Unidad Popular, apoyándose en la política redistributiva, lo cual extendería la base social de apoyo de éstos al profundizar su influencia entre los sectores populares y, además, la extendería hacia sectores de las clases medias. De este modo, la política económica permitiría dar paso al cambio político sin ruptura sino más bien por una autotransformación del sistema político.

La política económica se transformó en el campo preferente de confrontación entre el gobierno y la oposición, pero también en el punto de concentración de las demandas impulsadas entre los sectores populares por los cuadros que adherían a la posición rupturista. Para éstos, el encabezar este tipo de movilizaciones se justificaba por el nivel de conciencia que

<sup>24</sup>Los partidos receptores de estos cuadros fueron, principalmente, el Partido Socialista y, en menor medida, el MAPU (Movimiento de Acción Popular Unitaria).

<sup>25</sup>Ver Yocelovsky, *op. cit.* y, del mismo autor, *La Democracia Cristiana chilena y el gobierno de Eduardo Frei. 1964-1970*. UAM-Xochimilco, México, 1987, capítulos VI y VIII.

<sup>26</sup>Ver como ejemplo la conferencia dictada por Carlos Altamirano al regreso de un viaje a Cuba y publicada por la revista *Punto Final*. No. 31, Segunda Quincena de junio de 1967.

<sup>27</sup>Es el caso del Movimiento Revolucionario Manuel Rodríguez (MR-2).

<sup>28</sup>Parte del enraizamiento de los partidos en la sociedad se debía a la capacidad de "patrocinio", es decir a la promoción de intereses individuales o de grupo por parte de los políticos profesionales de todos los partidos.

<sup>29</sup>Najman, Maurice: *op. cit.*, pp. 14-22.

los sectores movilizados alcanzaban a través de ellas, al mismo tiempo que les permitía ampliar su grado de penetración e influencia entre los sectores sociales considerados estratégicos para el triunfo del proyecto socialista. Así, se observaron desarrollos nuevos en la lucha sindical, entre los campesinos y entre los pobladores.<sup>30</sup>

Todos estos procesos de movilización tenían un carácter ambiguo. Por una parte, la izquierda extraparlamentaria parecía fortalecer su apoyo de masas en la movilización pero, al mismo tiempo, se negaba a ingresar al sistema, por lo cual, finalmente, su clientela terminaba apoyando al gobierno en los enfrentamientos electorales con la oposición, aun cuando ésto se hiciera a través del voto por candidatos que, actuando dentro del sistema, se identificaban con la posición rupturista (fundamentalmente del PS).

Por otra parte, dado el carácter corporativo de las reivindicaciones alrededor de las cuales organizaba las movilizaciones el sector rupturista, no se garantizaba que la conciencia política que desarrollaban estos sectores coincidiera con lo esperado por los cuadros políticos que los organizaban. Dependiendo del logro no de las reivindicaciones, el efecto podía ser una integración o, por lo menos mayor contacto, con el sistema político, sus cuadros profesionales y sus canales de funcionamiento. Esto es muy claro en el caso de las industrias en que la demanda de los trabajadores era su integración al área social de la economía, o de los campesinos que pedían incorporar tierras a la reforma agraria, o los pobladores que demandaban vivienda y dotación de servicios urbanos. Aun cuando el movimiento se organizara con participación de la izquierda extraparlamentaria, la franja intermedia, los rupturistas dentro del sistema, actuaban como gestores de las demandas y la satisfacción de éstas dependía del gobierno. De manera que no se puede afirmar que todo movimiento reivindicativo de sectores populares que planteara demandas que ponían en cuestión los límites tácticos que el gobierno había fijado a la aplicación de su programa fuera necesariamente a resultar, al final, en un fortalecimiento de la posición rupturista y un debilitamiento del gobierno y quienes apoyaban su versión táctica de la estrategia general.

Por su contenido, la acumulación de demandas se transformó en un problema para el gobierno. Al menos en el sentido más general, éste era uno de los componentes de la principal disyuntiva táctica que se buscó resolver en 1972 al cambiar el ministro de economía y la política económica de corto plazo.<sup>31</sup> Sin embargo, este reflejo en el ámbito de la política económica ocultaba otro problema quizás más profundo. Por su contenido tanto como por los métodos de movilización y acción para el logro de sus demandas, estos movimientos ponían en tensión la relación entre el gobierno y los aparatos del Estado, en particular la policía, las fuerzas armadas y el poder judicial. Para la oposición, el punto era poder demostrar que el gobierno toleraba el rebasamiento de la legalidad por sus partidarios y, más tarde, que la acción del mismo gobierno se ubicaba fuera de la ley.<sup>32</sup>

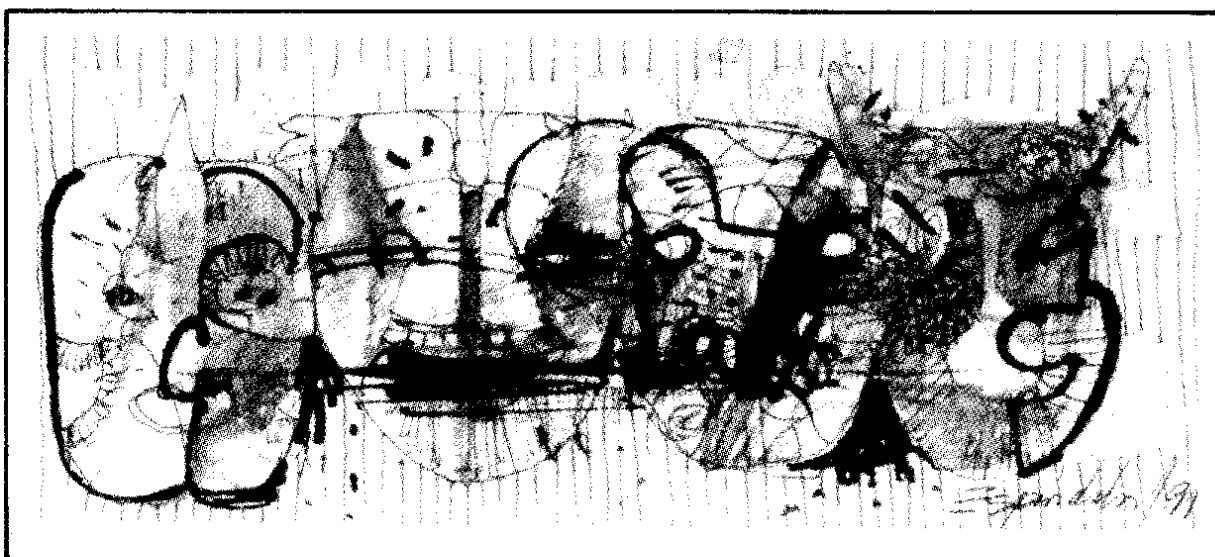
En este punto se entra en un terreno muy poco firme porque así como no se puede afirmar que toda acción reivindicativa fuera de los límites de la táctica del gobierno reforzara a la oposición rupturista, tampoco es claro que la política del gobierno de no recurrir en lo posible a la represión lo colocara fuera de la ley, como afirmaba la oposición, o que el resultado de toda movilización no controlada por el gobierno fuera a redundar, por la vía de proporcionar argumentos a la derecha, en un fortalecimiento de la oposición. Ambas acusaciones se formularon, apoyadas en pruebas no conclusivas.<sup>33</sup> Sin embargo, en un nivel más profundo, este punto de la lucha ideológica se resolvió en favor de la oposición, no porque sus afirmaciones fueran verdaderas sino porque le permitieron profundizar una separación entre

<sup>30</sup>El crecimiento de la afiliación a sindicatos es un buen ejemplo. En los tres años del gobierno de la UP, el número de afiliados creció, en términos absolutos, en un volumen semejante al alcanzado en los ocho años anteriores. Campero, Guillermo y José A. Valenzuela: *El movimiento sindical en el régimen militar chileno. 1973-1981*. ILET, Santiago, 1984, p. 154.

<sup>31</sup>Mistral, Carlos: *Chile: del triunfo popular al golpe fascista*. Editorial Era, México, 1974, pp. 67-73.

<sup>32</sup>Echeverría y Frei (compiladores), *op. cit.*, tomo II, "Acusaciones Constitucionales".

<sup>33</sup>Ver, por ejemplo, el informe al pleno del Comité Central del PC, de agosto de 1977, *op. cit.*, pp. 22-23.



el Estado y el gobierno que, finalmente, fue importante en la resolución de su propia situación interna, en favor de la otra ruptura, la que triunfó, el golpe de Estado.

Sin duda, todo este proceso incrementó la participación popular y desarrolló la conciencia de los sectores populares en términos de una opción estratégica por el socialismo. Esto se puede ver en elementos de la conducta social y política poco recordados hoy.<sup>34</sup> Sin embargo, en términos de las opciones tácticas explícitas, lo único claro es que, en la práctica, la opción rupturista debió subordinarse hasta el final al gobierno y a la alianza de partidos que lo apoyaba y que ubicaba su acción dentro del sistema.

Si esto ocurría en el nivel de las clientelas de masa movilizables por las organizaciones, con fines electorales o reivindicativos, las expresiones de la contradicción entre las opciones tácticas que coexistían alcanzaban su mayor virulencia ideológica y práctica en el nivel intermedio, el de la base militante de los partidos. Ésto es quizás lo que más contribuye a la imagen de irreductibilidad con que se ha proyectado esta contradicción, pero ya se han señalado también las ambigüedades que en este nivel se podían observar.

En el nivel cupular, lo que llamamos la élite política profesional es donde la contradicción se resolvía en favor del sistema político. Ciertamente, la evidencia a este respecto no abunda, ni los actores que hoy asumen posiciones, semejantes o distintas a las que los identificaban entonces, estarían demasiado dispuestos a aceptar esta conclusión. Sin embargo, la sola persistencia de esta élite política hasta hoy puede ser considerada un buen indicador. Por otra parte, ya se ha mencionado la ambigüedad que comportaba la acción de líderes que buscaban mejorar su posición dentro del sistema a través de un discurso rupturista. Por otra, ellos cumplían en parte la tarea de subordinar a los sectores que, en los tres niveles, ubicaban tanto su acción como su discurso fuera del sistema (la otra parte la cumplían los contactos directos en el nivel de la cúpula entre líderes de las dos posiciones).<sup>35</sup>

La subordinación real de la posición rupturista al gobierno y a quienes apoyaban la táctica de mantenimiento del sistema institucional se ve opacada por dos factores que tuvieron consecuencias más allá de su significación real en la correlación de fuerzas dentro de la izquierda: la política hacia las fuerzas armadas y el impacto de la confrontación ideológica en los sectores intelectuales.

<sup>34</sup>Como ejemplo, ver la historia de los obreros textiles de la industria Yarur contada por Peter Winn: *Weavers of Revolution*. Oxford University Press, New York, 1986.

<sup>35</sup>Alain Touraine parece apuntar al mismo tipo de hechos, sin que esto suponga que estaría de acuerdo con el análisis que se hace aquí. Ver: *Vida y muerte del Chile popular*. Siglo XXI Editores, México, 1974, p. 21.

A la luz de su acción en el golpe de estado, las fuerzas armadas han sido objeto de discusión en casi todos los comentarios posteriores a la experiencia chilena. Se ha destacado la contradicción entre las políticas del gobierno y del sector rupturista hacia ellas. Aparentemente, la dualidad se expresaba en la intención del gobierno de mantener la estructura de las fuerzas armadas, como parte del sistema institucional, y obtener, si no la adhesión, al menos la obediencia y prescindencia política de ellas a partir de la influencia directa del gobierno en los altos mandos.<sup>36</sup> La política rupturista buscaba influir a partir de la composición social de las fuerzas armadas, llamando a los soldados y suboficiales a adoptar una postura clasista,<sup>37</sup> o atrayendo a sectores de oficiales y suboficiales a actividades de tipo conspirativo, en la perspectiva de un enfrentamiento crucial.<sup>38</sup> Es importante recordar que todas estas actividades no eran nuevas. Adquirieron una significación distinta en la situación del gobierno de la Unidad Popular, pero cada una de ellas podía apelar a una tradición en la política chilena. En cuanto a su evaluación, sólo se puede afirmar que, en sentido negativo, el que el golpe de estado no ocurriera antes de cuando realmente ocurrió puede tomarse como un indicador del predominio de la política del gobierno por sobre la de los sectores rupturista. Sin embargo, la imagen que la oposición buscaba proyectar era la contraria, y eso es parte de la política opositora respecto de las fuerzas armadas. En cuanto a la significación de las políticas de la izquierda hacia los sectores militares, se puede decir que, si bien reflejaban una conciencia respecto de la separación entre estado y gobierno que definía la situación, no tuvieron la capacidad de producir una acción adecuada en ese terreno, en tanto la oposición (como se verá más adelante) centró su táctica desde el triunfo de Allende en ese punto.

En cuanto al papel de los intelectuales, es importante señalar que éste era doble, lo que contribuye a oscurecer la significación de la dualidad táctica en la izquierda. Por una parte, son ellos quienes expresaron, durante y después del gobierno de Allende, los conflictos ideológicos, y, por lo tanto, definieron las visiones que predominan acerca de éste. Sin embargo, por otra parte, eran actores privilegiados en varios sentidos, además de su papel de ideólogos. En un sentido general del término intelectual, el gobierno de la Unidad Popular produjo una movilización política sin precedente de estos sectores. Tanto las necesidades de proveer personal para las múltiples tareas del gobierno como la agudeza de la lucha ideológica pusieron tareas nuevas a los intelectuales y los lanzaron, si no por primera vez, a una actividad política inusual en ellos. En este punto hay que recordar que este tipo de personal era el que conformaba la élite profesional de casi todos los partidos y que, en este sentido hay una tendencia clara a la radicalización y la toma de posición rupturista entre los sectores intelectuales de más corta o menor integración a la política dominada por los partidos antes de 1970. Sin duda el criterio de la duración de la integración se ve afectado por la edad, y esto marca un corte generacional, que ubica a los componentes de las nuevas organizaciones, dirigidas, en general, por los estudiantes universitarios de la década de los sesenta (MIR, MAPU y, en menor medida la Izquierda Cristiana) entre los sectores rupturistas. Sin embargo, también existe el fenómeno de la radicalización hacia las posturas rupturistas entre intelectuales de generaciones anteriores pero que no habían hecho una carrera como políticos profesionales y pasaron de tareas académicas o tecnocráticas a la práctica del gobierno y, de ahí, a los partidos políticos, a los cuales podían haber estado afiliados antes pero en los que no habían sido dirigentes activos.

En suma, no parece posible, desde el punto de vista particular adoptado aquí, atribuir la derrota a la existencia de dos tendencias ni al predominio de una sobre la otra. Si bien la evidencia disponible muestra que la brecha entre ellas no era absoluta y que, por el contra-

<sup>36</sup>Altamirano, Carlos: *op. cit.*, p. 153.

<sup>37</sup>MIR: *op. cit.*, pp. 84-85.

<sup>38</sup>Los casos más conocidos son, antes del golpe de estado, el de los marineros y, después, el proceso en la Fuerza aérea. Respecto al primero, ver Politzer, Patricia: *Altamirano*. Ediciones Melquiades, Buenos Aires, 1989, pp. 133-140.

rio, los contactos entre ambas introducían algún grado de ambigüedad en su acción y, que, por otra parte, el predominio del gobierno y la posición institucionalistas entre quienes lo apoyaban es bastante claro, no se puede deducir de allí el que la derrota fuera producto de esta correlación de fuerzas en la izquierda. Por lo menos, parece razonable aceptar que si la derrota no se produjo antes, se debió a ese predominio táctico del gobierno. La duda sobre la validez estratégica de esa posición permanece, sin embargo, en tanto lo que decidió el enfrentamiento fue que, en una división de la oposición semejante a la que se ha descrito aquí en el caso de la izquierda, fue la posición rupturista la que subordinó a las demás fuerzas.

#### 4. Las estrategias de la oposición

Dentro de la simetría política que se ha planteado en términos de la división en la oposición y en el gobierno, la situación de la primera presentaba ciertas diferencias en otros niveles. Desde el punto de vista social, el problema de la nueva derecha era conformar una base de apoyo electoral que supiera al voto rural, cuya pérdida había determinado la crisis de la derecha tradicional a mediados de la década anterior. El recurso a los sectores medios urbanos como clientela, sin embargo, requirió de un cambio radical en los modelos organizativos e ideológicos de acción política.<sup>39</sup> Ésto, que parecía poco claro antes de la elección de 1970, se transformó en el rasgo predominante de la oposición al gobierno de Allende.

El hecho de no haberse llegado a un acuerdo entre la derecha y la Democracia Cristiana para enfrentar unidos al "peligro comunista" representado por la Unidad Popular en 1970, indica que la derecha o no evaluaba bien el peligro real de un triunfo electoral de la izquierda o no limitaba sus opciones a las que aparecían dentro de la legalidad que normaba el sistema político. Por cierto, ambas razones no son excluyentes. La evidencia que la conducta posterior permite aportar, más algunos otros indicios, hacen suponer que la coexistencia de ambas posiciones es anterior a 1970.<sup>40</sup> Lo que sí cambia definitivamente a partir del triunfo de Allende es la correlación de fuerzas entre ambas y, en este sentido, si la historia del gobierno es la historia de la ambigüedad producida por el predominio de la posición institucional, la subordinación de la posición rupturista y las relaciones entre ambas, la historia de la oposición es el cambio desde el predominio de una posición institucionalista al de una posición rupturista. Sin embargo, esto no es sólo un cambio en la opinión opositora. Se trataba de cambios ideológicos y organizativos y de un proceso de movilización social y política que, finalmente, se traduce en el apoyo, consciente por parte de unos e inconsciente por parte de otros, a la destrucción del sistema político.<sup>41</sup>

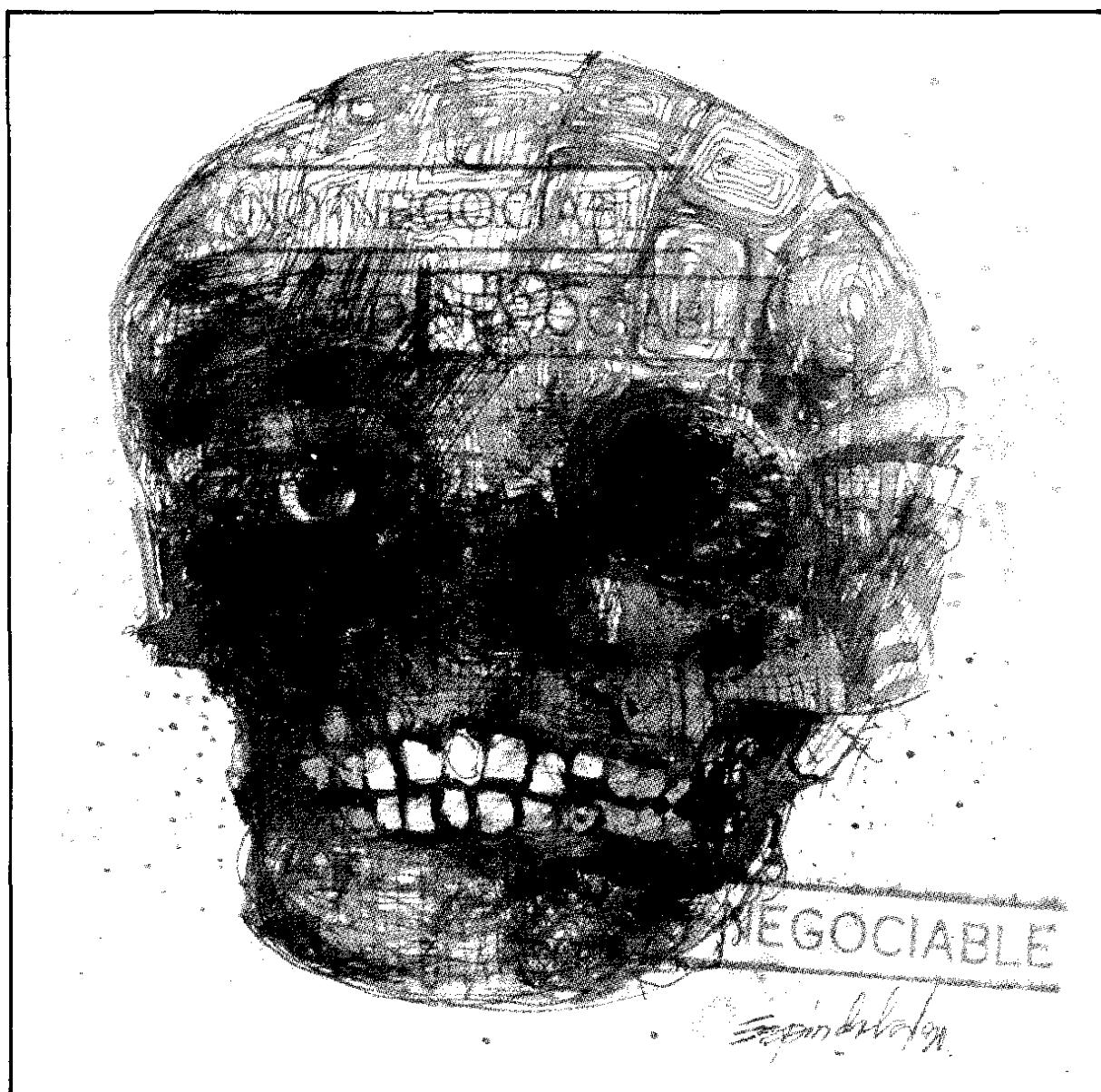
En principio, desde el punto de vista ideológico, la oposición intentó proyectar, desde la elección de 1970 y hasta el momento mismo de la resolución del conflicto, la imagen que denominaremos "restauradora".<sup>42</sup> Esto quiere decir que, en su discurso, la amenaza al sistema provenía del gobierno y de las fuerzas que lo apoyaban. En este sentido, las expresiones ideológicas (al igual que en el caso de la izquierda) opacaban la visión de la real correlación

<sup>39</sup>Ver, Yocolevzky, *op. cit.*, pp. 258-263.

<sup>40</sup>En 1967, el gobierno demócratacristiano hizo detener a la directiva del Partido Nacional acusándolos de promover un golpe de estado. Los tribunales los liberaron incondicionalmente. Esta actitud del poder judicial es aducida como prueba de inocencia por Sergio Onofre Jarpa en entrevista realizada por Silvia Pinto y reproducida en el libro de Jarpa, *Creo en Chile*. Sociedad Impresora Chile Ltda., Santiago, 1973, p. 79. Sin embargo, los antecedentes de esa detención son revelados por el Ministro del Interior de esa época, Bernardo Leighton, en entrevista acerca de su vida política. Ver, Boye, Otto: *El hermano Bernardo*. Editorial Aconcagua, Santiago, 1986, pp. 150-152.

<sup>41</sup>Ver Yocolevzky, Ricardo: "Agrupamiento corporativo y estrategia política: el golpe de estado en Chile". *International Review of Sociology*. Série IIe, Vol. XIX, No. 1-2-3, Roma, 1983, pp. 137-154.

<sup>42</sup>Aun al momento del golpe de estado, la junta de gobierno se compromete a "restaurar(...) la institucionalidad quebrantada". Ver Decreto Ley No. 1, Acta de constitución de la Junta de Gobierno, del 11 de septiembre de 1973. Editorial Jurídica de Chile: *100 primeros decretos leyes dictados por la Junta de Gobierno de la República de Chile*. 1973, pp. 6-8.



de fuerzas en la oposición.<sup>43</sup> En cuanto a las características de los cuadros que conformaban la base militante y la cúpula profesional de la oposición es posible observar en ella los mismos principios de diferenciación que se han adoptado en el caso de la izquierda: por una parte, un corte generacional que delimita una nueva élite, o un sector de base militante que aspira a integrarse a la élite profesional de la política, pero que no se integra, o se integra sólo parcialmente, al sistema de partidos.<sup>44</sup> Por otra, también en la derecha se activan cuadros que, perteneciendo a generaciones anteriores, habían permanecido al margen del cauce principal de los acontecimientos políticos, dominado como estaba por los partidos y el sistema de negociaciones establecido entre ellos.<sup>45</sup>

<sup>43</sup>Los principales engañados en este sentido fueron los demócratacristianos que apoyaron el golpe creyendo que la "restauración" los llevaría a ellos de vuelta al poder. En cambio tuvieron que esperar 16 años y medio.

<sup>44</sup>Entre estos sectores hay que considerar, principalmente, a los "gremialistas" de la Universidad Católica y a alumnos jóvenes del Partido Nacional.

<sup>45</sup>Aquí se incluyen los nacionalistas que se integran al Partido Nacional desde 1965 así como los que se activan a raíz del triunfo de la izquierda en 1970, como los de Patria y Libertad.

El contenido ideológico de esta renovación de la derecha tenía también un punto en común con la correspondiente en la izquierda: una tendencia rupturista que consideraba incompatible el logro de sus objetivos estratégicos con la mantención del sistema político.<sup>46</sup> Sin embargo, en otro terreno, no existía el campo común que unificaba a la izquierda. Si en ésta el acuerdo se asentaba sobre la definición del socialismo como modelo de sociedad y como vía de desarrollo deseables, en la derecha las propuestas eran más variadas. Existían críticas al desarrollo económico y al sistema político, pero no se unificaban necesariamente en una propuesta alternativa. Las críticas se ubicaban en terrenos ideológicos tan variados como la historiografía, en el cual los nacionalistas de varios pelajes coincidían en una visión del período de la historia nacional que se estaba viviendo como "decadencia",<sup>47</sup> o en la economía, donde hacía su aparición el neoliberalismo de inspiración monetarista.<sup>48</sup> Con estos elementos, de los cuales surgían propuestas de todo tipo para la "reconstrucción" del país, desde visiones corporativistas hasta liberales, no parece claro que el encarar la confección de un programa alternativo hubiera podido ser la vía para conformar un bloque de oposición capaz de derrotar al gobierno de la Unidad Popular.

Toda esta heterogeneidad se reflejaba en el "movimiento" alessandrista, en su *programa*<sup>49</sup> y en los discursos del candidato. Sin embargo, este rasgo se veía atenuado por el contexto mismo que constituía la campaña presidencial. Las opciones se abrieron bruscamente a partir del triunfo electoral de la izquierda, en septiembre de 1970. Entre esta fecha y la toma de mando por Allende se expresaron todos los actores y posiciones que más tarde intervendrían en el derrocamiento del gobierno de la Unidad Popular.<sup>50</sup> Sin embargo, entre esas fechas y el momento del golpe hay dos cambios importantes: uno es la coordinación de todas esas expresiones en un solo bloque político y, el otro, es la hegemonía de una opción por la ruptura del sistema político en el conjunto de ese bloque. Ambos cambios son resultado del complejo proceso de maduración que constituye la práctica de la oposición al gobierno por parte de todas esas fuerzas.

Las reacciones al resultado de la elección presidencial mostraron las líneas de desarrollo que habría de seguir la actividad opositora. Éstas se ubicaban tanto dentro del sistema político como fuera de él. Dentro del Sistema, se producen los primeros acercamientos entre la derecha y la Democracia Cristiana, en busca de una salida constitucional que impidiera el acceso al poder del candidato triunfante. Fuera del sistema se produce el primer movimiento de boicoteo económico (apoyado ideológicamente desde el gobierno), los primeros atentados terroristas de grupos de derecha (aun cuando intentan atribuirlos a la izquierda en un primer momento), las primeras conspiraciones con sectores militares, con vistas a propiciar un golpe de estado (una de las cuales tiene por resultado el asesinato del Comandante en jefe del Ejército, Gral. René Schneider). Por otra parte, hay que agregar el apoyo activo del gobierno de los Estados Unidos a todas estas manifestaciones.<sup>51</sup>

<sup>46</sup>En esto hay también matices, desde Jarpa que consideraba necesario ilegalizar al Partido Comunista (*op. cit.*, p. 75) hasta Pablo Rodríguez Grez., que proponía reemplazar el sistema político por uno de carácter corporativo. Ver su libro *Entre la democracia y la tiranía*. Edición del autor, Santiago, 1972, pp. 121-130.

<sup>47</sup>Ossa, Juan Luis: *Nacionalismo hoy*. Impresora Printer Ltda., Santiago, sin fecha de publicación, pp. 28-32.

<sup>48</sup>Pérez de Arce, Hermógenes: *Comentarios escogidos*. Ediciones Portada, Santiago, 1973, pp. 325-359.

<sup>49</sup>Garcés, Joan y Frédéric Debuyst: "La opción de 1970 y la ideología. Análisis de los tres programas presidenciales". En: *Chile: el camino político hacia el socialismo*, *op. cit.*, pp. 79-143.

<sup>50</sup>Este período vio desde actos terroristas, que incluyeron el asesinato del comandante en jefe del ejército, Gral. Schneider, hasta maniobras parlamentarias para elegir al candidato que obtuvo la segunda votación, Alessandri, pasando por conspiraciones militares para dar un golpe de estado.

<sup>51</sup>Hay bastante literatura acerca de todo esto, pero un testimonio que resulta de gran fuerza probatoria acerca de la ocurrencia de estos hechos, aún cuando su veracidad en muchos detalles sea cuestionable, es Kissinger, Henry: *White House Years*. Little, Brown and Company, Boston, 1979, pp. 670-678.

El predominio de la posición institucional en esta oposición conjunta, derecha y Democracia Crsitiana, que recién comienza a conformarse, se expresa en la imposibilidad práctica a que se enfrentaron los intentos más extremos en esa etapa. En la Democracia Cristiana predominaba, sin duda, la adhesión al sistema político, dentro del cual tenía sentido la existencia misma del partido.<sup>52</sup> La participación demócratacristiana en esas maniobras se limitaba a la búsqueda de una fórmula que permitiera escamotear el triunfo electoral a Allende pero que conservara la legalidad y el funcionamiento del sistema. Al no encontrar una fórmula que garantizara ese resultado, optaron por una estrategia de cercamiento al nuevo gobierno. Este sentido tiene el condicionamiento de los votos demócratacristianos en el congreso pleno a la aprobación de una reforma constitucional, conocida como "Estatuto de garantías democráticas", que, en general, limitaba los poderes presidenciales pero, quizás lo más importante para lograr esto, buscaba independizar al estado de la acción del gobierno. El propósito de impedir las transformaciones contenidas en el Programa Básico de Gobierno de la U.P. era explícito.<sup>53</sup>

La separación del estado con respecto al gobierno puede parecer una abstracción innecesaria para entender el resultado final del enfrentamiento. Sin embargo, para comprender el desarrollo que condujo a ese resultado, es importante examinar cómo se fueron produciendo las condiciones ideológicas y prácticas que confluyeron en él. Entre los elementos ideológicos, el primero que apunta en esta dirección es el que, interpretando el sentido de la mayoría relativa que dio el triunfo a Allende, deduce que la legitimidad de su gobierno es limitada. Aún cuando acepta que la votación permite a Allende ocupar legítimamente la presidencia y organizar su gobierno, niega que, en ausencia de una mayoría absoluta, ese gobierno pueda legítimamente emprender las transformaciones contenidas en su programa.<sup>54</sup> En este punto se trata de preservar el sistema político de la acción transformadora que se teme por parte del gobierno, pero, como ya se apuntó, las medidas que se proponen para esto incluyen el separar a un aparato del estado tan importante como las fuerzas armadas.<sup>55</sup>

La ambigüedad de este argumento quedó en descubierto al producirse las elecciones municipales de abril de 1971. En ellas, las fuerzas del gobierno alcanzaron el 50% de la votación. Sin embargo, por tratarse de renovación de los municipios, la acción que desde el gobierno pudiera emprenderse no se veía frente a una ampliación sustancial de sus posibilidades. En esta situación, la oposición no estaba dispuesta a conceder a la votación ningún otro significado más allá de las consecuencias institucionales que de la misma elección se derivarán.<sup>56</sup> La noción del significado doble del voto, el institucional y el de expresión de fuerza social a favor o en contra del cambio, fue tomada esta vez por el gobierno pero sin consecuencias apreciables en otro terreno que no fuera la discusión ideológica.<sup>57</sup>

<sup>52</sup>Otto Boye, *op. cit.*, pp. 160-168, presenta un análisis escrito por Bernardo Leighton en 1970, contemporáneo a los hechos, pero inédito hasta 1986.

<sup>53</sup>Ver el texto de la reforma constitucional que contiene el estatuto de garantías democráticas y sus principales antecedentes, incluyendo la discusión y votación en el Senado, en Echeverría y Frei (compiladores), *op. cit.*, Tomo I, pp. 29-101.

<sup>54</sup>El primero en exponer públicamente estos argumentos fue el vocero más tradicional de la derecha chilena, el diario *El Mercurio*, en su editorial del 23 de septiembre de 1970, describiendo la paradoja que representaba el que una democracia sólida permitiera, con menos de un tercio del electorado, dar pie al cambio revolucionario de las instituciones. El mismo argumento es retomado por Jaime Castillo Velasco, ideólogo de la Democracia Cristiana, en una entrevista concedida al mismo periódico pocos días después (*El Mercurio*, Santiago, 27 de septiembre de 1970).

<sup>55</sup>Ver la reforma del artículo 22 de la constitución de 1925 contenida en el estatuto de garantías democráticas mencionado más arriba, Echeverría y Frei (compiladores), *op. cit.*, p. 35.

<sup>56</sup>En su comentario de los resultados de la elección de abril de 1971, *El Mercurio* afirma que la UP aumentó su votación en un 5% respecto de la elección de regidores de 1967 y que fracasó en su intento de conseguir una mayoría absoluta. Ver, Flacso: *Chile: cronología del periodo 1970-1973*. Santiago, mimeo, p. IV. 87.

<sup>57</sup>Según algunos, debido a que el resultado de la elección desestabiliza la correlación de fuerzas interna de Unidad Popular al aumentar su votación el Partido Socialista, permanecer estable el Partido Comunista y disminuir los radicales. Boye, *op. cit.*, p. 172.

Dentro de la oposición, en cambio, esta elección tuvo el efecto de reforzar el predominio de la posición "institucionalista", representada por la Democracia Cristiana. Al reunir este partido la mayor fuerza electoral opositora al gobierno en esta ocasión, parecía ubicarse como fuerza hegemónica del conjunto de la oposición. A partir de esta correlación de fuerzas en la oposición, y del avance del gobierno en el apoyo electoral, la estrategia opositora se concentra en el intento de limitar por medios institucionales la aplicación del programa de gobierno. El centro de actividad de esta estrategia es el parlamento, por lo tanto la forma de organización dominante son los partidos y, dentro de ellos, en el campo opositor, el predominio pertenece incuestionablemente a la Democracia Cristiana.<sup>58</sup>

En apariencia, la derecha, representada por el Partido Nacional, quedaba subordinada a la estrategia institucional de la Democracia Cristiana. Sin embargo, el Partido Nacional no agotaba las opciones ideológicas y organizativas de la derecha; fuera del sistema de partidos se organizaba un grupo de corte fascista, Patria y Libertad, y, conectada al Partido Nacional surgía una organización juvenil que tendía en la acción a confluir con Patria y Libertad, el Comando Rolando Matus.<sup>59</sup> Por otra parte, la posición anti-sistema político se expresaba también en el movimiento "gremialista", surgido en la Universidad Católica, y que representaba un modelo ideológico que daría coherencia a una forma de organización que sería decisiva en la movilización en contra del gobierno; las agrupaciones corporativas y los movimientos sociales ajenos al sistema de partidos.<sup>60</sup>

Con todo esto, la oposición presentaba un cuadro abigarrado y ambiguo. Sin embargo, al igual que entre las fuerzas del gobierno, los puntos de comunicación entre las distintas formas de organización hacían que las fuerzas dentro de la oposición fueran redefiniendo su carácter en la práctica, aun cuando conservaran posiciones distintas en lo ideológico. En particular, la movilización social opositora fue el campo que permitió resolver los problemas insuperables en el terreno ideológico.

La primera ocasión en que la oposición mostró el nuevo rumbo que se proponía tomar fue la "marcha de las cacerolas vacías". En ella se podía observar una movilización de un sector social, las mujeres, que no era controlado directamente por los partidos. Planteaba una crítica a la política económica del gobierno y al desabastecimiento, que no implicaba una alternativa a esa política, por lo tanto podía ser apoyada por todos los sectores de la oposición. La movilización callejera permitía la acción de grupos paramilitares, de dentro y fuera del sistema de partidos y, por último, creaba un clima de agitación en el que, incluso, algunas acciones terroristas no provocaban un rechazo claro de los sectores de oposición más apegados al sistema político.<sup>61</sup>

El paro de los gremios patronales (del 11 de octubre al 5 de noviembre de 1972) marcó una nueva etapa del conflicto. En ese momento ya se podía observar un rechazo al proyecto del gobierno que se apoyaba en el poder económico del sector privado, pero como organismo de masas que movilizaba a medianos y pequeños empresarios de todas las ramas, además de las profesiones liberales. En este punto, la oposición organizada dentro del sistema de partidos pierde por primera vez la conducción del movimiento opositor. Sin embargo, la principal fuerza de este sector, la Democracia Cristiana, se resiste a tomar conciencia de la importancia y la proyección de este hecho.<sup>62</sup>

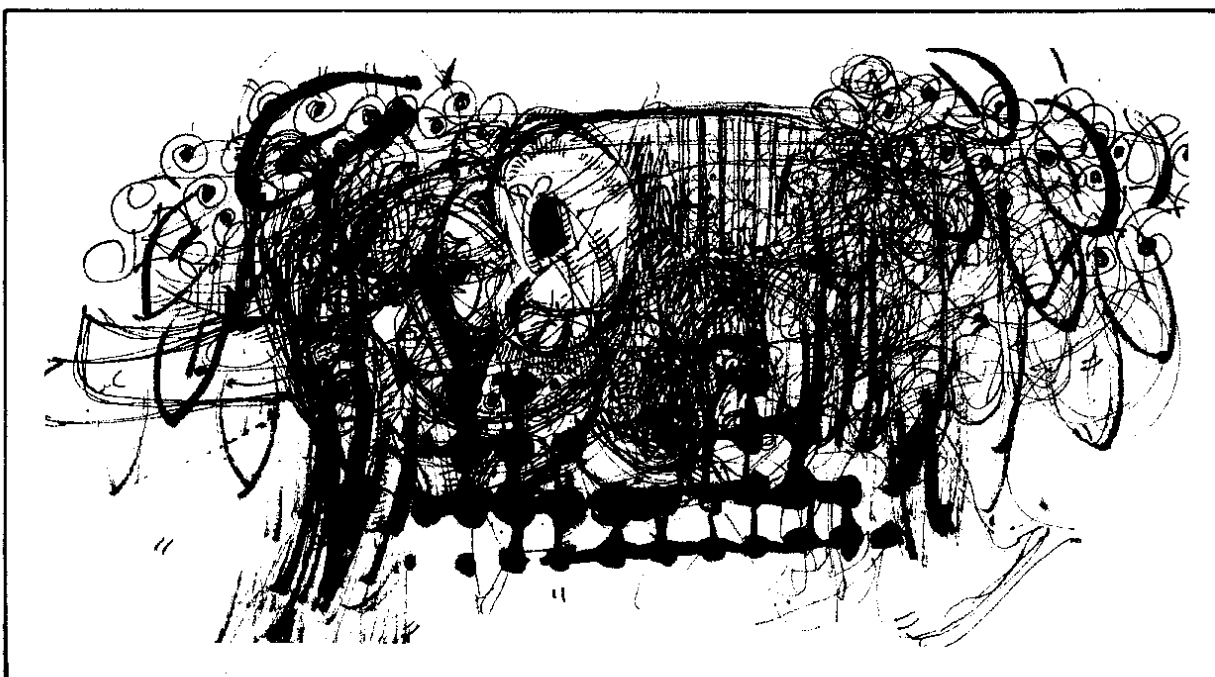
<sup>58</sup>Ver Echeverría y Frei (compiladores), *op. cit.*, Tomo II, "Acusaciones Constitucionales".

<sup>59</sup>Parker, Dick: *La nueva cara del fascismo*. Editorial Quimantú, Santiago, 1972, pp. 150-151.

<sup>60</sup>Esta línea ideológica y de acción fue promovida en los editoriales de *El Mercurio* desde antes que Allende asumiera la presidencia, como reacción al resultado de la elección presidencial.

<sup>61</sup>La marcha tuvo lugar el 10. de diciembre de 1971, dando lugar a incidentes que se prolongaron casi una semana en Santiago, lo que lleva al gobierno a declarar "Zona de Emergencia" a la capital. En el mismo mes, la Democracia Cristiana entra en las primeras alianzas electorales con el Partido Nacional. Flacso, *op. cit.*, pp. IV. 163-IV. 170.

<sup>62</sup>Ver la crónica y análisis de estos hechos desde el punto de vista demócratacristiano en Orrego Vicuña, Claudio: *El paro nacional. Vía chilena contra el totalitarismo*. Editorial del Pacífico, Santiago, 1972.



El gobierno sí se da cuenta del peligro y, puesto ya a la defensiva, recurre a la fuerza del estado para detener el enfrentamiento estratégico; incorpora a las cabezas de las fuerzas armadas del gabinete. Sin embargo, este movimiento, exitoso, sin duda, en lo inmediato, tendrá un efecto contrario en el plazo más largo. Por lo pronto, la presencia de los comandantes de las fuerzas armadas contribuyó a terminar ese enfrentamiento, en particular, y a estabilizar provisoriamente el sistema, hasta la elección parlamentaria de marzo de 1973, con lo cual, al menos en apariencia, la hegemonía del bloque opositor volvía a las manos de los partidos políticos que actuaban dentro del sistema.<sup>63</sup>

Lo aparente de este último cambio reside en que ya la elección se plantea como un enfrentamiento de bloques electorales en que la Democracia Cristiana aparece no sólo dirigida por su sector más derechista, el de Frei, sino que dentro de un conjunto, la Confederación Democrática, CODE, en el que el Partido Nacional, como otro componente, introduce un elemento rupturista que forma parte de él y, a la vez, conecta a todo el bloque con los elementos rupturistas que actúan fuera del sistema.<sup>64</sup> El clima de movilización electoral, unido a la movilización social que, si bien no plantea otro enfrentamiento estratégico como el de octubre de 1972 tampoco desaparece, contribuye a una radicalización del conjunto de la oposición por la base, proceso en el cual insensiblemente los demócratacristianos van desdibujando su perfil ideológico y siendo subordinados a las otras fuerzas de oposición.<sup>65</sup>

<sup>63</sup>Ver una versión de este período en las memorias póstumas del comandante en jefe del ejército que asumió como ministro del Interior. Prats González, Carlos: *Memorias. Testimonio de un soldado*. Editorial Pehuén, Santiago, 1985, pp. 297-375.

<sup>64</sup>"Durante el paro gremial de octubre de 1972 el presidente del partido (Nacional), Sergio Onofre Jarpa, modificó el programa para incorporar un elemento de corte gremialista o semicorporativo, lo cual produjo un acercamiento más estrecho entre las diversas manifestaciones de la derecha (Frente Nacionalista Patria y Libertad y Movimiento Gremialista)". Friedmann, Reinhard: *1964-1988 La política chilena de la A la Z*. Editorial Melquiades, Santiago, 1988, p. 103.

<sup>65</sup>El análisis del paro de octubre de 1972 que hace Orrego, (*op. cit.*, pp. 20-22), plantea correctamente la relación partidos-gremios en la estructura chilena. Sin embargo, en la coyuntura de ese movimiento, sobreestima al mismo tiempo el papel de los partidos en general y el del suyo en particular. Es verdad que el paro creció y se mantuvo gracias a la participación de gremios cuyas bases se identificaban con la Democracia Cristiana, pero esto no es una prueba de la influencia de ese partido en el movimiento sino, al contrario, una muestra de su subordinación a una estrategia que le era ajena.

El resultado de la elección parlamentaria muestra la no viabilidad de una oposición que esperara eliminar al gobierno antes de que éste terminara el período presidencial y este hecho determinó el paso a primer plano de la estrategia rupturista.<sup>66</sup> Para ello, los pasos decisivos fueron agudizar los conflictos entre los otros poderes del estado y el gobierno, por un lado, y dar independencia de acción y presionar a los aparatos del estado para alinearlos en contra del gobierno. En esta última etapa se consuma la subordinación de la Democracia Cristiana a la derecha, dentro del sistema, y de ambos a una estrategia rupturista que busca en las fuerzas armadas su instrumento militar y político, al cual legitima un bloque político y social de oposición al gobierno de la Unidad Popular, pero que no representa una alternativa clara en lo ideológico.<sup>67</sup> El consenso en el bloque opositor es puramente negativo y el programa a aplicar por el gobierno que suceda al de Allende no forma parte de sus planteamientos.

## 5. El golpe de estado del 11 de septiembre de 1973

El apartado anterior se ha centrado en la conformación del bloque de fuerza social y política que, con su apoyo, hizo posible el golpe de estado. No hay duda de que el golpe mismo es producto de una actividad conspirativa que complementa lo observable en el terreno social, político e ideológico. Sin embargo, por el carácter mismo de esta parte de la historia, su reconstrucción no es satisfactoria con la información disponible hasta hoy, y no es de extrañar que nunca llegue a serlo.<sup>68</sup>

Sin embargo, no es sólo la curiosidad lo que lleva a preguntar por lo que ocurrió en este otro nivel de actividad opositora. Hay una parte de lo que se puede observar en la oposición, tal como se la ha descrito aquí, que sólo puede ser explicado a la luz de lo que permanece oculto. Por un parte, el carácter del futuro gobierno, que como se ha indicado no podía ser discutido por las fuerzas opositoras porque el planteamiento del tema habría, muy probablemente, hecho imposible la conformación del bloque, fue definido en un nivel de actividad "técnica" en el que, en realidad, se resolvió la subordinación ideológica de una parte de los cuadros de la Democracia Cristiana (algunos de sus economistas) y se fijó un plan de reconstrucción del capitalismo chileno en términos tales que la destrucción del sistema político era condición "sine qua non" de su puesta en práctica.<sup>69</sup>

La forma orgánica que tomó la elaboración de este proyecto, el contacto directo entre el poder económico privado y los economistas en su calidad de técnicos, desprendidos de sus afiliaciones políticas, revela los costos sociales y políticos que el modelo que diseñaban tendría que afrontar. Esto ocurría al margen de las otras formas de organización opositora, cuya heterogeneidad respecto de cómo veían el futuro quedó de manifiesto en sus primeras declaraciones después del golpe. En ellas queda claro que, con la excepción de los demócrata-

<sup>66</sup>*El Mercurio* vuelve al doble carácter de las elecciones, esta vez afirmando que se trató de un "plebiscito". Editorial del 5 de marzo de 1973.

<sup>67</sup>Este es el significado más claro de la declaración aprobada por la Cámara de Diputados el 23 de agosto de 1973 con votos de nacionales, demócratacristianos y socialdemócratas.

<sup>68</sup>Las "Memorias" de Pinochet son aún más dudosas que las de Kissinger. De todas maneras ver, Pinochet Ugarte, Augusto: *El día decisivo. 11 de septiembre de 1973*. Editorial Andrés Bello, Santiago, (cuarta edición), 1980.

<sup>69</sup>"La crisis económica profunda tenía que reflejarse en un grave conflicto social y político que debía concluir en un cambio de gobierno cuyo signo, por supuesto, nadie conocía, pero que, obviamente, iba a ser claramente no socialista".

"Esta convicción se produjo primero entre los economistas que entre los políticos y por ello no es extraño que llevaran a cabo un trabajo conjunto desde tan temprano como a fines de 1971. En ese tiempo, economistas de los departamentos técnicos de los partidos opositores se reunían, más allá de las directivas, para asesorar a los parlamentarios especializados en asuntos financieros y presupuestarios."(...)

"Al producirse el cambio de gobierno (sic) el 11 de septiembre de 1973 existía un borrador de programa bastante desarrollado..." Bardón, Alvaro, Camilo Carrasco y Álvaro Vial: *Una década de cambios económicos. La experiencia chilena 1973-1983*. Editorial Andrés Bello, Santiago, 1985, p. 5.

cristianos, la oposición acepta la eliminación de la actividad política como tal. Esto es parte de la explicación del cruento carácter asumido por la represión; de lo que se trataba era no sólo de derrocar al gobierno y dispersar a las fuerzas que lo apoyaban, sino de redefinir las relaciones entre las clases. La represión fue política, en general, en el sentido de afectar a los partidos de la izquierda y sus cuadros, pero el verdadero "terror" implantado fue social, dirigido a resubordinar a las clases populares en términos de eliminar sus conquistas de los últimos cuarenta años.

El otro aspecto que queda oculto es el proceso por el cual las fuerzas armadas llegaron a intervenir y la determinación de la forma en que lo hicieron. Sin embargo, la posición que ocupaban en el aparato institucional, la composición social de la oficialidad, las influencias ideológicas predominantes entre ellos y el proceso de autonomización que sufrieron durante el gobierno de la Unidad Popular, son condiciones que facilitaron su intervención. La prescindencia política de los institutos armados y su personal, que en un primer momento aparecía como una de las condiciones que hacía posible el proyecto de la Unidad Popular, se fue transformando en el principal instrumento de su destrucción en la medida que el proceso político hacía tomar conciencia a los militares de su posición como columna vertebral del estado. La composición social de la oficialidad, predominantemente de clase media, los puso en contacto con el desarrollo de la movilización de esos sectores en el proceso de construcción de una nueva derecha, enemiga del sistema político vigente. La ideología anti-comunista, convertida en doctrina de su formación profesional y ligada a sus intereses corporativos de modernización técnica y de equipamiento, para lo cual eran dependientes de los Estados Unidos, sumado a su tradicional inclinación por el "orden", tenían, fatalmente, que ponerlos en contra del proyecto mismo del gobierno y, más aún, de la movilización social y política que necesariamente tendrían que acompañar a un proceso de cambio de esa envergadura. Finalmente, la oposición logró, crecientemente, que las fuerzas armadas pudieran actuar como aparato del estado con independencia del gobierno, y culminó legitimando e incitando su intervención. De este modo construyó un aparato armado que ve su "misión histórica" en el reordenamiento de la sociedad, apartada de sus cauces de desarrollo "sano" o "normal" por la política y la acción de los "políticos".

